

Tribuna ajena | Por Domingo J. Buesa Conde, catedrático de Historia y presidente provincial del PP en Zaragoza

Las cosas por su nombre

HACE una década estallaba el litigio sobre unos bienes eclesiásticos que, perteneciendo a la diócesis de Barbastro-Monzón, eran retenidos por el obispo de Lérida o, si somos más precisos, por la Iglesia catalana. Desde entonces, millares de aragoneses nos hemos esforzado para que quienes retenían nuestras propiedades procedieran a restituirlas a su legítimo dueño. No ha sido posible. Hoy, doce años después, sabemos que el mayor problema es que no contamos con el apoyo de gobiernos socialistas que prefieren mirar hacia otro lado. Pero tampoco la Santa Sede, que ha reconocido nuestra demanda como justa, ha mostrado voluntad firme de hacer cumplir lo que ordenan sus más respetados tribunales.

La propia diócesis de Lérida se ha reído de las órdenes del Vaticano, creando museos para blanquear la propiedad de esos bienes y eludir el cumplimiento de lo que han dispuesto sus jerarquías. La sublevación de algunos clérigos ilderdenses —injustificable en una Iglesia Católica organizada en torno a la autoridad del Papa de Roma y al Derecho Canónico— ha sido apoyada por el gobierno catalán, que ha manipulado el asunto hasta convertir en una caricatura el reportaje sobre los bienes de *Informe Semanal*, donde se recortaron y mutilaron las intervenciones de quienes en él participamos, incluida la del respetado obispo barbastrense Milián. Mientras tanto, el gobierno aragonés —por boca de su consejera— dice que está trabajando el asunto con unas monjas sijenenses muertas hace años. Puede que no sea

mala solución al tratarse de un conflicto que perturba cualquier espíritu de bien y que nos llena de vergüenza al ver como se incumplen los principios básicos del sentimiento católico: no robar, no mentir, obedecer al Papa...

Fue el obispo Messeguer quien se empeñó en fundar museos diocesanos para crear un fondo de obras artísticas sobre las que asentar las bases del 'renacimiento' catalán. Junto al prelado Morgades de Vic o al prelado Torras y Bages, comenzó a finales del XIX a forjar el discurso catalanista sobre unas obras que fueron construidas por obispos aragoneses durante los siglos XI y XII. Por un acto de fuerza o pseudochantaje, se llevaron las obras de las parroquias aragonesas vinculando su traslado al arreglo de una torre o casa parroquial, como hizo Messeguer con la Virgen de Zaidín a cambio de arreglar el campanario de Treserra. Pero hoy el Vaticano reconoce que pudo actuar con «mala fe», algo que nos ratifica en que una perversa intención preside desde hace años el

«Por un acto de fuerza o pseudochantaje, se llevaron las obras de las parroquias aragonesas vinculando su traslado al arreglo de una torre o casa parroquial, como hizo el obispo Messeguer con la Virgen de Zaidín»

apropiamiento de unos bienes que salieron por autoridad episcopal y que no vuelven por cobardía episcopal.

Mientras tanto, siempre nos llenará de envidia la imagen de la veintena de agentes de la Policía que, en 2006, custodiaban el traslado de unos papeles del Archivo de Salamanca hasta Cataluña. Notables catalanes pontificaron sobre aquel servicio de Zapatero bautizándolo como una cuestión de «ética» y de «justicia democrática». ¿Qué tendríamos que decir entonces de tantas y tantas cosas, comenzando por la actuación del obispo Messeguer? Detrás de esta realidad, que no se atreven a negar, se esconde la permanente utilización de estas piezas para construir un discurso nacionalista. Un discurso en el que las obras de Aragón aparecen sin que se detalle su lugar de origen y en el que piezas como el frontal de San Vicente de Treserra se exhiben como obras clave en la exposición «Qué es y qué ha sido la cultura catalana» (1978).

Así se ha falseado la historia del «importante y universal arte de la Cataluña Medieval». Una historia de papel mojado a la que, en apenas un siglo, han dado forma la curia ilderdense y el gobierno catalán. Una historia que avalan con su inacción el Gobierno de Marcelino Iglesias y el de Zapatero, contra el criterio de cientos de miles de aragoneses. Una historia robada que ya tiene incluso escenario donde representar sus comedias: el recién estrenado Museo de Lérida, monumento al ninguneo que hacen unos clérigos —de la provincia de Lérida— de los mandatos de la Santa Sede. Dios quiera que no sea por los siglos de los siglos.